

LA IRONÍA: UN ARTIFICIO SUBVERSIVO

Mijail Málishev*

Según Konrad Lorenz, Adán y Eva comieron la manzana del árbol de la sabiduría del bien y del mal cuando ésta estaba muy inmadura, y la historia humana desde la primera navaja lítica hasta la bomba atómica, desgraciadamente, lo confirma.

El filósofo auténtico siempre es un poco loco, porque tiene prurito de elevar el sentido común al rango de paradojas.

El futuro tiene su mística: siempre está preñado del presentimiento de algo inusitado, incluso cuando no existe ninguna meta para realizar.

El primer síntoma de la adicción es la transformación del deseo en obsesión y la conversión de cualquier evento en pretexto.

Qué es la ansiedad, sino un castigo por la obsesión de hacer productivo cada instante.

El éxtasis y el tedio son dos estados anímicos, a través de los cuales se traslucen los contornos de lo eterno. Pero cada una de esas vivencias tiene sus límites. El extasiado alcanza un goce ininterrumpido, pero pierde la conciencia de su mismidad; mientras que el portador del tedio rume la monotonía del tiempo que le provoca aversión hacia sí mismo.

* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México, México.



Ilustración: Luisa Isabel López Salas

Algún día voy a morir, pero sé que el mundo tampoco es eterno. Por supuesto que el mundo me sobrevivirá por muchos millones de años, pero para mí, muerto, la duración del mundo no tiene ningún significado como tampoco tiene sentido la idea fantasmagórica de la “es-tancia eterna” del alma en el cielo.

La máscara nos quita sinceridad, pero nos suministra una defensa contra la adhesión afectiva en exceso.

Cuando trato de imaginar cómo los otros me perciben, me parece que soy otro, ajeno a mí mismo, que los otros no resaltan lo que constituye mi mismidad, y por eso no me expresan el reconocimiento que, según yo, merezco.

Los adeptos del *amor fati* son enemigos intransigentes de los soñadores en el pluscuamperfecto.

La sensación de plenitud creativa es una buena señal para pensar en el retiro, pero la gente suele interpretarla como una confirmación de buena fortuna y tratará de detenerse hasta alcanzar la cima de la gloria, repitiendo, en el mejor de los casos, lo que ya fue alcanzado.

Las acciones no realizadas, pero que hubiéramos podido realizar nos persiguen, a pesar de que entendemos que el pasado no es retornable. La lamentación y el remordimiento son

sentimientos en apariencia absurdos, contraindicados al sentido común, y que, sin embargo, constituyen el baluarte de nuestra humanidad.

Con la alegría de un logro inesperado, siento que rebasé las posibilidades de mi yo, y con la tristeza de un fracaso, me vivencio por debajo de mí mismo. Sólo la serenidad me coloca en mis límites reales.

Decepcionado de todos, también me decepciono de mí mismo, pero sólo por ser solidario con los demás.

El trabajo es un castigo, si no fuera así, no experimentaríamos gran alegría cuando encontramos casualmente cien pesos.

Qué es la bienaventuranza, sino una alegría por encima de la alegría, una alegría sin deseos, un entusiasmo por el mero hecho de existir que nos da una idea de lo que nos espera en el más allá.

Quien piensa lo que va a decir, suele no decir todo lo que piensa.

La ilusión de felicidad es también felicidad, y sólo la gélida realidad la hace efímera y fantasmal.

El conocimiento del mundo interno del hombre no favorece tener una buena imagen de la humanidad, pero

una actitud benévola a su alma puede engendrar cierto deseo de rectificación, y esto lo comprendió, como ningún otro, Jesucristo.

Nunca conoceremos el rostro de la muerte, en cambio, tenemos que convivir con sus mensajeros que anticipan su llegada: el miedo, la desesperación, la angustia, la resignación y la agonía.

Quien no tiene nada que perder es un hombre perdido que, sin embargo, fácilmente puede dar una sorpresa: convirtiéndose en villano o en héroe.

Es poco poner en tela de juicio una decisión tomada y demostrar la verdad; es necesario tener la osadía de contraponerla a la ironía de los conformistas: “¿realmente, quieres ser el mejor de todos?”.

No existe niño que no tenga un “mundo” de fantasía y que no habite en él, y esta capacidad imaginaria podría llamarse “complejo de paraíso”.

Para Camus, Sísifo fue un símbolo del heroísmo sin la esperanza de obtener éxito, pero para el mismo héroe su destino, por absurdo que pudiera parecer, no significaba nada, lo principal era el empeño de cumplir su “trabajo” lo mejor posible, contraponiendo el tedio abnegado al sinsentido de la pena impuesta por los jueces divinos.

La aspiración de aparecer mejor no es un impedimento, es la condición de conocer lo que realmente somos.

La paradoja está en el más acá de la incompreensión y en el más allá del sentido común.

Cada hombre maduro tiene un jardín de sueños y un cementerio de ilusiones fracasadas.

